

---

HOMENAJE A VÍCTOR MANUEL CASTILLO FARRERAS

---

**Víctor M. Castillo Farreras**  
**Recapacitar y profundizar en la historia\***

Soy del sur de Campeche, de Matamoros, campechano de corazón y defecho por naturalización. Viví en Campeche hasta terminar mis estudios de primaria. Después estuve tres años en Coatzacoalcos, donde no estudié por problemas de economía familiar. Luego vine al Distrito Federal; entré a la secundaria, estudié en Iniciación Universitaria en la Preparatoria 3, que estaba en la calle Licenciado Verdad. De allí pasé a la Preparatoria 2, en San Ildefonso.

*Vocaciones escondidas*

En la preparatoria tenía uno que escoger el área a seguir. Yo opté por el área de ingeniería. Sí, es que siempre me atrajeron las matemáticas; fui de los mejores alumnos de esa materia en la secundaria y en la preparatoria. Hice el bachillerato en ingeniería pero, ni modo, he aquí que de repente me di cuenta de que no era eso lo que en verdad me llamaba la atención, sino la arquitectura, cuyo plan era un tanto diferente al de ingeniería. Como no tenía urgencias me metí a pagar un año más para esta área, es decir, para cubrir materias como francés, dibujo y modelado, que recuerdo haberla pagado de modo extraordinario, con muchachitos, porque jamás la había llevado.

Después de esto pasé a la entonces Escuela de Arquitectura; estuve dos años allí pero empezaron los problemas derivados de la economía. Yo trabajaba en la Secretaría de Comunicaciones como dibujante proyectista. En Arquitectura había un curso llamado composición, que implicaba unos concursos o “repentinias”: exámenes sorpresa, en el momento que fuera

\* Esta entrevista al doctor Castillo Farreras fue realizada y editada por Salvador Rueda y se publicó originalmente en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, edición de Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda, p. 217–28. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998.

y a la hora que fuera, y obviamente a mí no me daban permiso en el trabajo para asistir a esos eventos. Entonces sentí que estaba haciéndome tonto y empecé a ver qué posibilidades tendría en otro lado. Curioso, pero por entonces estaban de moda los arquitectos metidos en arqueología; conocía algunos de sus trabajos y opté por entrar a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, precisamente en arqueología, en los años cincuenta, con la última generación que estuvo en Moneda 13. Pero, ni modo, otra vez las cuestiones económicas fueron problema: los estudiantes tenían que salir de prácticas anuales, al final del año, y por mi situación no pude ir a la primera práctica... ni a la segunda. Sentí nuevamente que estaba haciéndole al tonto, porque un arqueólogo sin trabajo de campo no tiene sentido. Entonces apareció ante mí la Facultad de Filosofía y Letras y con ella la posibilidad de estudiar la historia antigua, que al fin y al cabo era el mismo asunto anterior, y que existía un convenio que permitía hacer el cambio de una escuela a otra. Me pasé, pues a Filosofía, a la UNAM, y aquí estoy.

El camino por el que encontré mi vocación fue largo y, sólo aparentemente, sin ilación: de las matemáticas, por así decirlo, pasé con gusto al dibujo y la composición en Arquitectura, y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), un tanto obligadamente, descubrí que lo que más me atraía era la historia, y en especial la historia antigua.

### *Primeros contactos con el pasado*

Recuerdo que en Campeche nos enseñaban una historia muy regional, muy particular, similar a la archinacionalista que aquí se imparte en las primarias: no había estado más grande, más limpio y más culto que Campeche y, sobre todo, la ciudad, con su historia de piratas, sus torres de catedral, su Cristo negro, toda ella entre el mar y la sierra (porque existe una Sierra Alta y una Sierra Baja, aunque cualquiera que vaya de aquí diga que no vio más que cerros). Hoy hago chunga de ello, pero la sola mención de Campeche me impulsa a ponerme de pie.

No tuve inclinación especial por el pasado de los mayas, a pesar de que su idioma y muchas de sus costumbres los conocí y viví naturalmente. Mi más grande relación con la práctica de la historia fue un 7 de agosto, cuando en la XEA, *La voz de las murallas de Campeche*, fui seleccionado para decir ante el micrófono: “Campeche es libre gracias a don Pablo García”, y punto.

Aparte de esto, como escolar frecuentaba el Museo de Arqueología y allí llegué a ver a Román Piña Chan, muy joven, dibujando algunas piezas de los antiguos mayas. Esto fue todo.

¿De dónde viene la vocación? Yo diría que del medio donde se vive, de la gente con la que se convive, del tipo de relaciones que uno tiene. Lo que sí puedo asegurar es que estudié en el turno nocturno de la preparatoria, con gente mayor que yo, que tenían hijos pero también responsabilidad para el estudio, y que allí sentí la necesidad del trabajo serio, responsable. Posteriormente debió influir en mí el círculo de amigos de mi hermano José, entre los que estaban Fernando Anaya Monroy, Vicente T. Mendoza, Gabriel Mohedano y, más tarde, Demetrio Sodi, Miguel León-Portilla, Ernesto de la Torre, Ernesto Lomoiné, Rosa Carreón. A todos ellos los conocí cuando aún estaba en la Escuela Nacional de Antropología.

Cuando ingresé a la ENAH, allá en Moneda 13, me sucedió algo curioso: a los pocos días sentí una atmósfera pesada, algo así como *smog*. Había algo que percibía y que no lograba definir. Poco a poco, al cabo de cierto tiempo, empecé a notar que ya no existía esa atmósfera extraña que tanto me preocupaba al principio, y fue entonces que pude definirla: era un ambiente académico muy peculiar, producto de un entusiasmo juvenil sobrevaluado. Y es que por entonces las carreras impartidas en la ENAH comenzaban todas por un tronco común: todo mundo, fuera a lingüística o arqueología, fuera a lo que fuera, llevaba las mismas materias generales, además de un idioma moderno y uno indígena; luego seguían las especialidades. Así pues, dejé de notar aquel ambiente porque, al igual que todos, sabía, o creía saber, algo de todo: desde identificar un hueso o un tipo de tierra hasta el glifo de Cuauhtémoc. No obstante, debo decir que mi paso por la ENAH fue muy provechoso para mi siguiente etapa.

Cuando llegué a la Facultad de Filosofía y Letras noté un ambiente distinto, más sencillo, más apegado a nuestro mundo. Tal vez sentí esto porque los estudiantes provenían, en su mayoría, de escuelas universitarias como las que yo tuve. Esto sucedió a principios de los sesenta, en el Colegio de Historia, cuando aún los novatos podíamos llevar clases con renombrados maestros (aún no se producían los excelentes, los de frontera o de punta): O’Gorman en Filosofía de la Historia o La Invención de América; Wenceslao Roces en Roma y Materialismo Histórico; León-Portilla en Cultura Náhuatl; Justino Fernández en Arte; José Miranda, Carlos Martínez Marín, Martín Quirarte y Jorge Gurría en Historiografía, y otros más que realmente lo hacían a uno pensar y ver las cosas con mayor detenimiento.

### *Caminar hacia la historia antigua de México*

Debo regresar a mis tiempos en la ENAH para decir que también allí tuve maestros reconocidos por su exposición y sus trabajos, entre los cuales recuerdo a Calixta Guiteras, preciosa en lo físico y lo intelectual; a estimables maestras como Barbro Dahlgren y Johanna Faulhaber; a José Luis Lorenzo y a Jorge A. Vivó, adustos y profundos; al siempre afable y preciso Moisés Romero, o a Francisco de la Maza, con quien gozamos el arte colonial, en vivo y a todo color. Fue a través de ellos que pude tener una visión de la antropología en general y, más que nada, un gran interés por la historia antigua de México.

Ya he dicho que mientras estudiaba en la ENAH seguía trabajando como proyectista en la SCOP, pero al poco tiempo de estar en la Facultad de Filosofía ingresé al Instituto Indigenista Interamericano, cuyo director era Miguel León-Portilla, y Alfredo López Austin el secretario. Estuve en el Indigenista hasta 1970, y la experiencia adquirida en él fue también formativa. Entré para apoyar el trabajo editorial que por entonces correspondía al secretario y entre los dos nos encargamos de la revista *América Indígena*, del *Anuario Indigenista* y de las ediciones especiales. Algún tiempo después, cuando Gonzalo Aguirre Beltrán fue nombrado director del Interamericano, Demetrio Sodi quedó como secretario, Alfonso Villa Rojas como jefe del Departamento de Antropología, y yo como subsecretario encargado de las ediciones.

El trabajo del Instituto exigía mucha dedicación, pero también nos permitía intercambiar experiencias a la hora de la comida, del café o en cualquier momento. Y hubo ocasiones en las que todos nos sentábamos sólo a conversar. El doctor Aguirre, tan serio, aparentemente hosco, era en realidad ameno y claro en su plática, y ni qué decir del profesor Villa Rojas, ágil y agudo en sus comentarios, secundado por Demetrio Sodi. Gente de fuera, como por ejemplo Ángel Palerm o Guillermo Bonfil, de repente se unía al grupo. También fue en el Instituto donde tuve la oportunidad de platicar con el doctor [Mauricio] Swadesh, cuando preparaba su libro sobre los mil elementos del náhuatl, y con la maestra [Barbro] Dahlgren, cuando estuvo en el rescate del museo que allí había. En fin, fueron cinco años que acabaron pronto pero que me dieron mucho.

Ya como editor de las publicaciones del Indigenista tenía que leer los originales de antropólogos de distintos países de América, entender sus contenidos para cambiar una palabra o aclarar una idea del autor, mandarlos a la imprenta y corregir pruebas. Así de simple era mi trabajo, pero aprendí

mucho. Además de esto, escribía reseñas y sumarios para *América Indígena* y empecé la investigación sobre el bisiesto que más tarde cuajaría aquí en Históricas. Nos dábamos tiempo para eso, a pesar de que éramos pocos los que trabajábamos en el Indigenista y de que eran muchas las publicaciones.

Mi primer artículo publicado apareció en *América Indígena*; fue en 1966, a propósito del cuarto centenario de la muerte de fray Bartolomé de las Casas. León-Portilla me pidió hacer una especie de trabajo apologético, un resumen sencillo, atractivo y didáctico de la obra de Las Casas. La idea era buena: publicar un folleto y repartirlo, sobre todo en Chiapas. Me sentí el [Gregorio] Torres Quintero que había leído en primaria, sacando frases de esto y aquello, buscando relaciones, fijando consecuencias. Pero finalmente no resultó lo que se había pensado: no se hizo cuaderno, no se distribuyó y sólo quedó como artículo, más corriente que común, en *América Indígena*. Pero con eso comencé.

### *Idea del mundo*

El círculo de amigos que yo frecuentaba antes de entrar a la Facultad iba por el lado del materialismo histórico y con ellos participaba en discusiones, no exclusivamente sobre los puntos de vista de Marx, sino también de otros filósofos que ellos conocían más que yo. Sus argumentos chocaban y sus posiciones eran irreductibles. Después escuché y vi cosas similares en la Facultad. Aquí parecían contraponerse las enseñanzas de Edmundo O’Gorman y las de Wenceslao Roces, pero yo las tomé como necesarias para mejor entender unas frente a las otras. En el caso de O’Gorman, siento que es un historiador que cala hondo en la gente, que la entusiasma al hacerle ver la necesidad de explicar el pasado, que la historia no es para aplaudir o regañar a los muertos, sino para entenderlos. Don Wenceslao Roces era igualmente entusiasta, pero eran otras sus premisas. En su seminario de materialismo histórico, más que de fundamentos puramente teóricos, trataba de su aplicación práctica en sociedades concretas. No aceptaba mucha gente; éramos unos cuantos los participantes (entre ellos Enrique Semo, que desde entonces nos conocemos), y se suponía que íbamos todos muy dispuestos al trabajo académico. Roces exponía sobre algún tema, con un rigor ya poco usual, y cada uno debía estudiarlo por su cuenta, encontrar problemas y discutirlos en clase.

Con Roces llevé también historia de Roma, y era allí en donde se descubriría al gran maestro, al gran expositor que fue. Aparte del atractivo implícito en la historia romana, importaba ver el modo en que un historiador, Roces, desarrollaba el tema, con gran pasión, pero también con la objetividad que siempre mantuvo en su vida. Desde entonces fue para mí el mejor y más querido maestro de historia antigua que haya tenido.

Sin embargo, no parece haber influencia alguna de Roces en mis trabajos; tampoco parece haberla del materialismo, a pesar de que siempre he dicho que la teoría de Marx es indispensable para todo historiador, sobre todo para analizar y entender los procesos de la historia antigua. Estoy convencido de ello. Creo que haber entendido a Marx, pero también lo que él mismo pensaba de los “marxistas” de su tiempo (similares a los muchos que lo fueron hasta la desaparición de la URSS), aquellos que simplemente lo seguían, invocando su autoridad y repitiendo algunas de sus frases. Siempre tomo su teoría como un medio sumamente útil para mis trabajos de investigación o en la docencia, pero no tengo por qué pregonar que me apoyo en Marx, simplemente porque yo soy yo y no él quien la aplica, para mal o para bien. De hecho, en mi libro sobre la estructura de la sociedad mexicana sólo registro una cita de Lenin y pongo a Marx en la bibliografía. Hay quienes leen ese libro y piensan que soy antimarxista, y qué bueno, en los hechos lo soy, pero no contrario a Marx.

### *Estructura económica de la sociedad mexicana*

Este libro es simple y llanamente la reproducción de un trabajo de [Friedrich] Katz, de otro de López Austin y de uno más de Manuel Moreno. Con esto quiero decir que, en lo que toca a la investigación propiamente dicha, no hay gran cosa; yo no agregó sino una que otra cosilla acerca de la esclavitud y de las relaciones de propiedad, y ya, nada más. Lo que traté de hacer fue, a partir del concepto de Marx sobre formación social, rehacer, conjuntar, arreglar muchas de las ideas que ya estaban vertidas.

Pero ese libro no es, en realidad, una copia de los otros. Como en todo proceso, lo ya hecho lo rehíce y conformé, de manera tal que resultó algo propio y, hasta cierto punto, novedoso, más que nada por su intención crítica. Por ejemplo, refiriéndome a quienes aseguraban que en el México prehispánico hubo clases sociales, no invoqué a Lenin —un nombre que asustaba, que parecía referir al diablo—, pero sí transcribí su definición, y lo hice tan

sólo con la intención de mostrar la existencia de otros estudios para afirmar o negar aquel supuesto, ya que a la postre acabé negando la pertinencia de esa definición para el México antiguo. No me interesaba que hubiera habido o no clases sociales, sino que se pensara en ello, que antes de afirmar que las hubo debía plantearse el problema, analizarlo y argumentar al respecto. Desgraciadamente, se siguen confundiendo las cosas y esto es lo que más duele, porque se impide avanzar en el conocimiento del pasado.

A muchos historiadores actuales parece importarles la poesía, la mitología, las ideas o aun los modales que tuvieron los antiguos. Qué bien. Pero suelen dejar de lado la manera como aquéllos produjeron y reprodujeron sus vidas, los modos de organizar y efectuar su trabajo, su apropiación de la naturaleza o su política frente a los demás pueblos. Da la impresión de que todos esos asuntos ya son de sobra conocidos y que no hay por qué detenerse en ellos. Es así que algunos siguen hablando de *clases*, otros de *señores* o de *esclavos*, de *nobles* o *plebeyos*, y otros más de relaciones que implican a un sistema reproductor de *mercancías*, pero todo ello inserto en un mundo *comunitario*, casi idílico. Y lo peor de todo es que, a pesar de tales incongruencias, la gente aplaude y los jóvenes historiadores se sienten atraídos y siguen ese mismo camino.

En el libro de la *Estructura* quise mostrar que lo importante en la investigación es poner las cosas en el lugar que históricamente les correspondió, indagar cómo se organizaron los mexicas, explicar sus relaciones y, sobre todo, intentar no confundir a los lectores, a los menos versados. Sin embargo, nada de esto parece importar en nuestro tiempo. Aún se afirma que Titlacahuan es el Tezcatlipoca “dueño de los esclavos”, y al concepto de esclavitud resultante se le somete a una operación reductiva para hacerlo pertinente. Aún se interpreta *chaneque* como “los dueños del bosque”, sin importar que la relación implícita en ese vocablo es la misma que se da para quien tiene casa pero no es dueña de ella. Se dice que no es grave hablar del “emperador Moctezuma”, pero nadie se atrevería a decir lo mismo del presidente de nuestro país.

En fin, a pesar de sus limitaciones, el libro tuvo muy buena acogida; su segunda edición está agotada desde hace algunos años. Pedí su reimpresión, pero, cosas curiosas que suceden en nuestro Instituto, hasta la fecha la sigo esperando.

*Nezahualcoyotl: la vida en imágenes*

El libro *Nezahualcōyotl* que, como lo dice el subtítulo, es una *Crónica y pinturas de su tiempo*, se hizo más o menos rápidamente. Una suerte de desilusión me produjo este libro, no por su factura, sino por su difusión. Desilusión, por así decirlo, porque no cumplió con los fines previstos: distribuirlo entre la gente del Estado de México y, sobre todo, obviamente, del Acolhuacan, pero eso no sucedió.

Ciertamente no tardé mucho en terminarlo. Recuerdo que en la segunda mitad del año de 1971, desayunando León-Portilla, Mario Colín y yo, fue cuando se me hizo ver el asunto y su urgencia; era el año anterior al centenario de Nezahualcoyotl, y en dos o tres meses ya estaban listos el proyecto y la investigación. Si algún mérito tengo es el de ser cumplido cuando acepto algún trabajo. Disfruté mucho el proceso que llevó a este libro: aparte de la indagación y selección de los hechos del personaje, yo mismo reproduje glifos y escenas de los códices; dibujé algunos y tomé y retoqué fotos de otros.

Siempre me agradaron el dibujo y la fotografía; aficiones ambas que considero no sólo entretenidas, sino muy útiles para la investigación prehispanista o para ocasiones especiales: para López Austin hice la carátula de su *Hombre dios*; fue a modo de homenaje al amigo y compañero de entonces. Me había sugerido: “si ves algún Ehecatl...”, y se me ocurrió, sin decirle, que en lugar de una foto dibujaría al puntilleo el Ehecatl. Le agradó y lo ha conservado, lo cual le reconozco mucho. También con gusto hice algunos dibujos para León-Portilla, como los que aparecen en su libro *Trece poetas del mundo azteca*, que agradeció oportunamente.

Al dibujar parte de un códice o de una inscripción en cerámica o en piedra se aprende mucho. No es lo mismo interpretar un glifo que dibujarlo. Al seguir las líneas de una figura pueden descubrirse claves tal vez ocultas a la simple vista. El repetir los trazos, redibujando las figuras, puede llevarnos al sentido en que lo hizo el autor y entender más el asunto. Es lo que suele hacer el paleógrafo que sigue con su lápiz los trazos de letras y signos. En cuanto a la fotografía, es obvio que si el investigador la hace, dirigirá su objetivo exactamente al lugar y el ángulo que le interesa.

Terminados el estudio, los textos, los dibujos y fotografías del *Nezahualcōyotl*, tuve la fortuna, en Libros de México, de que se me permitiera estar con los que finalmente lo compusieron y le dieron forma de libro. Estuve allí desde un principio y puede decirse que fui autor de todo y

también revisor de todo lo que otros hicieron en la imprenta. Es un libro que estimo por varias razones, pero más que nada porque lo hice pensando en quienes lo iban a leer.

### *Estudios de Cultura Náhuatl*

Llegué a Históricas en 1970 como “Investigador auxiliar”, una antigua categoría ya suprimida en la UNAM. Pero también desde entonces me integré, o mejor dicho, me reintegré al trabajo editorial, colaborando nuevamente con León-Portilla y López Austin, director y secretario del Instituto, respectivamente, en la edición de los *Estudios de Cultura Náhuatl*.

El proceso anual de la revista implicaba desde la búsqueda y recepción de las colaboraciones de investigadores de dentro o fuera del Instituto, hasta la selección y edición de los trabajos. Los artículos había que leerlos con cuidado, homogeneizar su estilo, poner a tono las citas e incluso corregir de acuerdo con el autor. Se hacía la labor que suelen hacer los editores serios, y nosotros lo tomamos de esta manera. El propio León-Portilla, que era el director tanto del Instituto como de la revista, corregía galeras y planas. Nos dividíamos el trabajo. Las cornisas, el modo de los titulares y algunos otros detalles los discutíamos entre todos. La portada era siempre de López Austin y mía; veíamos qué se nos ocurría y quién ganaba, pero siempre al gusto de todos.

Fui coeditor de *Estudios de Cultura Náhuatl* hasta el volumen XII. Fue una etapa bonita, muy agradable. Recuerdo que cuando preparábamos el número XI pensamos hacer el índice de los diez primeros volúmenes anteriores y se nos ocurrió incluir retratos fotográficos de los autores. Resulta que, como comentamos López Austin y yo, había ocasiones en las que estando familiarizados con los trabajos de algún autor jamás lo habíamos visto, y si de repente nos llegaba su fotografía, ¡caray!, como que no correspondía con su estilo. En fin, pensamos que también los lectores debían conocer a los autores, a todos, incluyendo a los más antiguos. Fue interesante localizar las fotos. Por supuesto que lo primero fue escoger la mejor de [Ángel María] Garibay, el fundador. En seguida fue la galería de difuntos, por ejemplo [Robert] Barlow, de quien encontramos una foto en la que se le ve con otras personas; una foto muy reducida, muy mala, pero allí estaba Barlow para quien quisiera conocerlo y que no imaginaba que era sólo un joven, pero ¡con qué capacidad de trabajo! En fin, mientras

hacíamos esto, junto con Roberto Moreno, preparábamos el índice por volúmenes, temas y autores.

Para los *Estudios* hice algunos artículos, como el de la “Relación de Tepepulco de los señores de Tenochtitlan” en el que, además de mis comentarios y de las versiones en náhuatl y español, redibujé los glifos que aparecen en los manuscritos de Sahagún. También escribí acerca de los “Caminos del mundo náhuatl”, tanto por su importancia económica como por el hecho de que Sahagún prefirió dejar constancia de “los caminos de Dios” dejando de lado la información que había recibido en náhuatl; hice la paleografía, la traducción, algunos comentarios pertinentes y sanseacabó. Saqué a la luz uno que otro texto más e hice algunos trabajos que implicaban mayor meditación y profundidad. En este sentido se ubican mis artículos sobre el bisiesto y las unidades de medida.

El artículo sobre “El bisiesto náhuatl” me interesó mucho y me costó mucho trabajo. Es un tema sobre el que comencé a reflexionar desde que era estudiante y cuya historia me da risa cuando la recuerdo: fue cuando llevaba técnicas de investigación con el maestro Ernesto de la Torre. Ese curso trataba, obviamente, de la serie de medios propios del historiador: cómo hacer los registros, las fichas de trabajo, las cuestiones bibliográficas y veinte mil cosas más. Para aprobar el curso había que presentar un trabajo final cuyo tema debía ser aprobado por el profesor. Yo escogí algo sobre cronología antigua, pero De la Torre me dijo: “no, güero, no, déjese de esas cosas, haga algo más sencillo”; y yo: “bueno, es que sobre eso ya he visto algo y a través de este trabajo puedo utilizar las técnicas que vimos en clase”. “No, ese trabajo es excesivamente difícil”, y me relató que otras personas ya lo habían intentado y que consumieron hojas y hojas y muchas matemáticas y quién sabe cuántas otras cosas. Pero fui necio con mi querido maestro, le insistí en que de lo que se trataba era de demostrar que sabía aplicar las técnicas y logré, finalmente, su aceptación.

Desde aquel trabajo escolar comprendí lo que me había dicho De la Torre. Resultó muy complicado hacer cálculos, tablas y papeles y más papeles con la secuencia de días, meses y años; y sin olvidar la idea de [Alfonso] Caso, según la cual toda sincronología debe considerar el 13 de agosto del 1521, tratar de encontrar algún momento en el que hubiera un rompimiento entre el calendario y la realidad social; tuve que revisar la información de las fiestas, una por una, en su idioma original, y ver qué podía haber en ese momento. Fue un trabajo muy complejo, muy lento, pero muy agradable. Encontré la salida cuando aún estaba en el Indigenista

Interamericano: luego de leer los *Cuentos mixtes* publicados por [Walter S.] Miller, el profesor Villa Rojas me platicó de sus propias experiencias en esa región y me hizo ver que aquello que yo buscaba aún persistía en algunos calendarios. Él me dio una cierta seguridad, tan importante para un novato como yo. Logré un artículo que fue aceptado por unos e impugnado por otros, pero me agrada justamente porque es un trabajo no ignorado. Creo que es así como se demuestra la utilidad de todo producto: criticándolo, refutándolo o usándolo como base de nuevos trabajos... y el mío sobre el bisiesto ha tenido esa fortuna.

El otro artículo al que hice mención es el de las “Unidades nahuas de medida”, un tema que llamó mucho mi atención, tal vez por mi antigua ocupación pero también por sus referencias en los textos nahuas y la variedad de signos alusivos que aparecen en los códices de tradición náhuatl. Ya habían otros trabajos sobre el tema y sólo me dediqué a indagar nuevos nexos, a sistematizar los datos y presentarlos de una manera más directa y clara. Siento que le faltó algo a ese artículo, que debí haber tratado otros tipos de medida pero, en fin, ya ha mostrado utilidad.

### *Maestros y colegas*

Al llegar al Instituto, varios de los que fueron mis maestros se volvieron compañeros de trabajo: el mismo León-Portilla, Martínez Marín, De la Torre Villar. El ambiente era muy agradable. Había comunicación académica, diálogos de pasillo, plática de café. De repente se veía a un grupo de tres o cuatro investigadores de diferente especialidad platicando sobre algún tema y podía uno acercarse a ellos, intervenir, preguntar o exponer algún problema. Se sentía un ambiente comunitario, intelectual, *ad hoc* para el trabajo. La gente iba al Instituto, iba a sus clases, regresaba por las tardes, estaba allí por mucho tiempo, completamente a gusto. Hoy somos más individualistas, menos comunicativos, menos alegres; se ven los pasillos vacíos, y el flamante espacio asignado para el café no parece corresponder con la espontaneidad y la contingencia de una plática entre compañeros de trabajo.

Estábamos por entonces en la Torre de Humanidades. Ocupábamos dos pisos: los antropólogos en uno y los historiadores en otro, pero las relaciones eran constantes; había dos maneras de ver el mismo mundo y, creo, eso era bueno para unos y para otros, pero a la postre se optó por la separación; ni modo. Los investigadores prehispanistas que quedamos en la

Torre fuimos, pocos más, pocos menos, los mismos que ahora somos: León-Portilla, Martínez Marín, [Josefina] García Quintana, [José Rubén] Romero Galván y, más tarde, [Johanna] Broda. Junto con los demás investigadores del Instituto, los de la Colonia (los más numerosos) y los del México moderno y contemporáneo, éramos unos veinticinco. Hoy la planta de investigadores ha crecido y, paradójicamente, no obstante los medios electrónicos modernos, la comunicación académica decayó.

### *El nahuatlato*

Mis primeros pasos en el náhuatl fueron con León-Portilla, en su curso de introducción a la cultura náhuatl. Recuerdo que solía darnos una hora de cultura y otra de lengua y que insistía en la necesidad de indagar cómo se estructuran las palabras, cómo analizarlas. Yo tomé muy en serio estas cosas y he tratado de profundizar en ellas. Tengo casi veinticinco años dando lengua náhuatl en el Colegio de Historia de la Facultad y año tras año digo a mis alumnos que el conocimiento de este idioma implica, necesariamente, el de los elementos y relaciones que lo integran, y que esto es relativamente fácil de alcanzar si, como hacemos con todo idioma, se sigue paso a paso y con dedicación.

Sin embargo, estoy convencido de algo que es tan común como ignorado, es decir, que no basta el idioma, por sí mismo, para entender cabalmente lo que en pictografías y manuscritos nahuas quedó registrado en el primer siglo colonial; que para ello se requiere, además, tener presente la historia de los antiguos pueblos y, dentro de ella, la del idioma que hablaron. Es en esto en lo que baso mis clases y en lo que insisto ante mis alumnos: si realmente queremos conocer la lengua que hablaron los sobrevivientes nahuas de la conquista española no debemos olvidar el proceso por el que ella misma pasó, por ejemplo, a través de obras como las de Olmos, Molina, Sahagún y otros; obras en las que, además de infinidad de aspectos del antiguo modo de vida, quedaron estudios, gramáticas y vocabularios de la lengua náhuatl; obras, todas ellas, muy serias, profundas, mucho muy útiles, pero hechas en el siglo XVI, durante la imposición del nuevo orden colonial, por religiosos españoles cuya visión del mundo era la del otro lado del océano y cuyos objetivos iban, desde el aprendizaje y el dominio de la lengua, hasta la cristianización y el cambio ideológico de los indígenas.

Explico a mis alumnos que una de las consecuencias más notables de toda esta historia se encuentra en los *Vocabularios* que hizo y publicó fray Alonso de Molina quien, a pesar de haber dominado el náhuatl siendo aún chiquillo, tanto su origen como las condiciones de su vida lo llevaron a equiparar muchas cosas y relaciones de estas tierras con otras del Viejo Mundo. Es por ello que tradujo y registró: leones, liebres y rosas, reyes, señores y tributarios, esclavos y horros, mercados y mercancías, compra y venta, jornales, salarios y asalariados, etcétera, etcétera.

Pero el problema no está en las interpretaciones de Molina o de sus contemporáneos; el problema está en nosotros que, a más de cuatrocientos años de distancia, sin importar las grandes teorías sociales que se han dado desde entonces, y a pesar de los muchos y mejores medios a nuestro alcance, seguimos repitiendo los mismos términos y conceptos de aquellos frailes evangelizadores. Si Molina y los suyos se esforzaron por entender lo que antes que ellos había pasado en estas tierras, si se empeñaron en transmitir sus ideas y conclusiones ¿no nos correspondería ahora hacer otro tanto? o ¿es que acaso el mundo prehispánico se formó tal como el de sus conquistadores y el de éstos fue tal cual el que hoy vivimos? No sé, pero presiento que uno de nuestros grandes males está en que solemos hacer tabla rasa de la historia; que esto es lo que hacemos desde el cambio de nomenclatura de pueblos y calles, la exaltación de “nuestra cultura” y del “Templo Mayor”, hasta los sucesos de Chiapas y las elecciones federales.

### *Chimalpain*

El Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas tiene ya bastante tiempo. Se inició por el 85. Lo integramos tres personas: Jose García, José Rubén Romero y yo, pero siempre han habido algunos otros investigadores y alumnos de posgrado que han colaborado con nosotros.

Se creó este seminario con objetivos didácticos, pero también para investigar y traducir de una buena vez algunas viejas crónicas. El trabajo sobre Chimalpain se inició hasta que pudimos reunir los facsímiles y microfilmes adecuados; hasta la fecha se han publicado la *Octava relación*, hecha por José Rubén, y el *Memorial breve* que saqué yo. Dividimos los demás trabajos entre los tres: Jose se encarga de la *Séptima relación*, Rubén prepara una nueva versión de la *Octava*, yo doy los últimos toques a la *Tercera*, pero con José Rubén trabajo el muy extenso y poco conocido

“Diario de Chimalpain”. Las cinco obras restantes, las *Relaciones Primera, Segunda, Cuarta, Quinta y Sexta* las preparamos con el concurso de Silvia Limón, Miguel Pastrana y Federico Navarrete. Estas últimas obras son las más pequeñas, las menos conocidas y las que ofrecen más dificultades, sobre todo la primera, por los temas cristianos que aborda Chimalpain y porque está muy deteriorada.

Nos hemos tardado mucho porque pretendemos presentar una versión lo más aproximada posible a lo que Chimalpain expresó en su obra, y esto significa que en ocasiones nos detenemos en una frase o en una palabra para llegar al fondo del asunto o, al menos, para vislumbrar ese fondo. Tratamos, concretamente, de ir más allá de lo que Molina consignó en sus *Vocabularios*, esto es, de no hacer un traslado mecánico de sus versiones del náhuatl a la nuestra, tal como suele suceder en la mayor parte de las traducciones modernas que, bien vistas, resultan ser, no versiones del siglo XIX o del XX, sino del siglo XVI, meros traslados de Molina.

Por todo esto, pero también por la reconstrucción paleográfica a partir de los textos de Chimalpain cotejados con los de [Rémi] Siméon, [Walter] Lehmann, [Silvia] Rendón, [Gerdt] Kutscher o [Gunter] Zimmermann, y por la edición, los estudios y las anotaciones que se requieren, quién sabe en cuánto tiempo se vaya a terminar este trabajo que, por añadidura, no ha tenido apoyo; y no me refiero al apoyo económico, puesto que a nosotros se nos paga como investigadores y cumplimos nuestra labor; me refiero al apoyo académico, moral, algún pequeño indicio que nos haga sentir que lo que estamos haciendo es correcto, conveniente; no buscamos aplausos, sólo que se reconozca la pertinencia de nuestro trabajo.

¿Qué es el *Memorial*? Bueno, en primer término es una obra independiente de la *Segunda relación* en la que quedó incrustada desde el siglo XIX en la Biblioteca de París. Es una monografía completa, como trato de explicarlo en su estudio preliminar, pero al mismo tiempo se presenta muy vinculada con todas las demás historias que escribió Chimalpain, es decir, con las llamadas *Ocho Relaciones* y el llamado *Diario*.

Debo decir que, según entiendo, a Chimalpain le interesó, desde muy joven, poco antes o después de 1600, componer la historia de Chalco, de su patria, pero concebida no como una historia aislada, puramente chalca, sino inmersa en el contexto universal de los pueblos que hoy llamamos mesoamericanos y, más aún, vinculada al proceso cristiano de creación. Una historia en la que diera cuenta de la antigua y plural formación de su pueblo pero a través de las demás formaciones sociales que se dieron,

principalmente, en la cuenca de México. En suma, le interesaban las relaciones que se dieron entre los propios chalcas, pero también las que impusieron a otros y las que padecieron de los otros. Es por ello que en sus obras encontramos que a veces habla más de lo otro que de lo suyo, como es el caso de los mexicas; y de ahí también que algunas personas se confundan y afirmen, por ejemplo, que la *Tercera relación* es una historia de la cuenca de México. Falso. El objetivo allí o en cualquier otro trabajo siguió siendo Chalco, aun para la época en la que estaba ya dominado por Tenochtitlan. Obviamente tuvo que hablar mucho de los mexicas y de otros pueblos para dejar en claro la situación que prevalecía en Chalco.

El *Memorial* es también, desde el punto de vista historiográfico, una obra muy peculiar, ya que a pesar de haber sido la última que produjo Chimalpain hacia 1631, en ella sólo trató de los primeros asentamientos en la cuenca, de lo que aconteció desde el siglo VII hasta finales del XIII, esto es, desde la fundación de Culhuacan y de su poderío, desde el abandono de Aztlan y los diferentes caminos que entre otros siguieron sus más antiguos ancestros, hasta el establecimiento de Chalco Amaquemecan y la derrota de los mexicas en Chapultepec. Es, en suma, una historia de grandes movilizaciones, en la que se relatan sucesos de índole diversa, aparentemente inconexos entre sí, pero que, luego de analizarlos con cuidado, puede asegurarse que constituyeron la base o el arranque de todas las demás historias que ya había escrito Chimalpain, es decir, de todo lo que había dejado en las *Relaciones* y el *Diario*.

Con la *Tercera relación*, que estoy a un paso de concluir, aconteció algo similar, pero en sentido inverso. Para comenzar, no le correspondió el número y nombre que le asignaron en París, ni tampoco fue elaborada después del *Memorial* (puesto que allí es parte de la *Segunda relación*). Pero lo más importante es que, según parece, esta obra fue la primera que terminó Chimalpain, y que no obstante haber incluido y ordenado en ella una gran cantidad de informes provenientes de pictografías y manuscritos de sus ancestros, de documentos de distinta tradición indígena y aun de impresos coloniales, poco antes de 1611 decidió dejarla como un primer ensayo, como su “primer *amoxtli* libro” concluido, a partir del cual y de nuevas fuentes pudo conformar las historias, crónicas, relaciones o tratados particulares de la formación y el desarrollo de su pueblo, mismos que ahora tenemos la posibilidad de reconstruir mediante el análisis riguroso, y muy tardado, de las restantes “Relaciones”.

Claro está que este tipo de precisiones sale sobrando para quienes sólo han visto o citado alguna de las obras de Chimalpain, a quienes sólo interesa el dato, sin importar su contexto ni las condiciones que lo hicieron posible. Pero los que piensan que la obra de Chimalpain es, tal cual, la de los manuscritos conservados en la Biblioteca de París y que además afirman, gratuitamente, que la paleografía de Zimmermann es suficiente para su estudio, no verán más que una colección de datos, acaso valiosos pero inútilmente reiterados, farragosos a veces y sin ilación posible; no entenderán que el autor tuvo una singular concepción de la historia, a partir de la cual estableció un proyecto cuyos objetivos fue modificando, enriqueciendo o adecuando conforme escribía y conocía nuevos materiales.

Éstos son algunos de los asuntos que estudiamos en el taller y también algunos de los problemas que enfrentamos (y que personalmente padecí ante algunos de los dictaminadores de mi Instituto). En contra de lo que algunos piensan, no hemos consumido tanto tiempo y esfuerzo sólo para publicar una simple traducción de las *Différentes histoires* de la Biblioteca de París; lo hemos hecho para entender lo que hizo Chimalpain y para darlo a conocer a los demás.

### *Ejercicio intelectual: trabajar en seminarios*

Además del taller de textos nahuas tenemos un seminario de pictografías. Se trata de un grupo interinstitucional formado por gente del Instituto de Investigaciones Estéticas, nosotros y algunos otros invitados. Es un seminario para el estudio de documentos pictográficos de tradición náhuatl y cuyos objetivos son analizar, discutir y conocer más a fondo este tipo de fuentes para la historia antigua y, si acaso, publicar los resultados. Junto con esto, ha resultado ser también un magnífico espacio para la presentación y discusión de problemas relacionados con el objetivo señalado. Actualmente trabajamos el conjunto de códices del Acolhuacan, pero nos hemos detenido en el *Tlotzin* porque, a pesar de su aparente simplicidad y de los estudios que realizó [Joseph Marius Alexis] Aubin el siglo pasado, aún plantea serios problemas derivados no sólo de la composición del espacio y de la lectura de algunos nombres de personas y lugares, sino del supuesto proceso de aculturación de los chichimecas a través de un pregonero de los chalcas.

Desde tiempos muy lejanos participo en seminarios. Al primero de ellos lo llamábamos, informalmente, “Seminario de los sábados”. Se originó cuando Martínez Marín, López Austin, Jose García y Roberto Moreno, entre otros, decidimos reunirnos los sábados con el objeto de analizar y discutir diversos aspectos del mundo prehispánico y, particularmente, sobre documentos pictográficos o manuscritos y sobre el idioma náhuatl. En aquel tiempo la semana laboral era de seis días, pero cuando en la UNAM se implantó la de cinco nosotros continuamos siendo sabatinos; la Universidad estaba solitaria y se trabajaba muy a gusto.

Más adelante formamos allá, en la misma Torre, otro seminario sobre problemas de teoría de la historia, en el que participaron Carlos Pereyra (el inolvidable y querido “Tuti”) y Gabriel Vargas Lozano, ambos del Colegio de Filosofía de la Facultad. Participé también en el de metodología de las ciencias antropológicas, que dirigió el doctor Eli de Gortari en el DEAS-INAH, y en otro más, interdisciplinario, sobre agricultura y sociedad en Mesoamérica, con sede en el IIA-UNAM.

#### *Matrícula de tributos: libro de extraño destino*

Mi primer trabajo sobre la *Matrícula* fue publicado en la *Historia de México* de Salvat. El doctor León-Portilla, coordinador de la obra, había sugerido incluir un código no muy extenso ni complicado, pero sí atractivo. Cuando se optó por la *Matrícula*, elaboré una introducción y, además de la paleografía y la versión de las glosas nahuas y españolas y de los comentarios, incluí las láminas correspondientes del *Código Mendocino* con el fin de facilitar al gran público el cotejo de uno y otro documentos. En esta forma apareció en la *Historia de México*, primero en 1974, después en 78, pero, cosa curiosa, como por arte de magia dejó de existir para la tercera edición.

Años más tarde, el doctor Florescano, director del INAH, me pidió participar con la *Matrícula* en el proyecto que tenía para una nueva serie de códigos mexicanos. El trabajo urgía pero tuve tiempo de rehacer el antiguo estudio preliminar y de corregir y afinar los comentarios a las láminas. Pero fue en vano, el proyecto no cuajó. Algún tiempo después, el nuevo director del INAH, [Roberto] García Moll, me propuso publicar aquel trabajo pero ahora en coedición con la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) y, además, con la inclusión de un trabajo de María Teresa Sepúlveda acerca

de los tributos relativos. La idea me gustó y, pensando en otro tipo de lectores, le hice algunas precisiones a la historia del código, le agregué una nómina de lugares con sus correspondencias actuales y un mapa basado en el de [Robert] Barlow pero con las modificaciones pertinentes, y titulé todo como *Matrícula de tributos. Nuevos estudios*. Los Talleres de Impresión de Estampillas y Valores de la SHCP hicieron una magnífica labor, sobre todo con los facsímiles de la *Matrícula* y de las láminas correlativas del *Mendocino*. A todo esto se añadió (sin saberlo yo) una introducción por León-Portilla, sendas presentaciones por Pedro Aspe y García Moll, y un epílogo de Luis Barjau. Todo perfecto... salvo que la edición se quedó en Hacienda. Pedí que se diera un ejemplar a las principales bibliotecas y a especialistas en la materia, pero nada de esto pasó.

Por aquel entonces solicité un concurso para promoción y, como parte de mis últimos trabajos de investigación y docencia, registré el libro de la *Matrícula*; pero ni siquiera fue tomado en cuenta por los dictaminadores porque, según se dijo después, era sólo una copia o reedición del artículo publicado en Salvat. Interpuse el recurso de revisión del dictamen y se logró demostrar la validez de mis trabajos y la pertinencia de mi solicitud. Sin embargo, quedó la amarga experiencia de ver que algunos ignoraran que el hecho de sucederse algunas o muchas investigaciones sobre un mismo tema de la historia ha sido siempre consubstancial a la historia misma; esto es, que se insinuara que luego de la primera edición de la *Matrícula*, dispuesta por [Francisco de] Lorenzana en 1770, no tenían razón de ser los trabajos de [Manuel] Orozco y Berra, [Antonio] Peñafiel, [Daniel G.] Brinton, Barlow, [José] Corona, [Víctor] Castillo, [Luz María] Mohar, [Frances] Berdan/[Jacqueline de] Durand-Forest y [Víctor] Castillo (1991). Se olvidó, nada menos, que es en los estudios hechos sobre pictografías o manuscritos antiguos en donde con mayor claridad aparece que, a partir de un mismo tema de investigación, los resultados varían, necesariamente, según las finalidades y los medios de que se disponen; un ejemplo que di fue el largo proceso de la *Tira de Tepechpan*, en el que las investigaciones de [Lorenzo] Boturini, [José Antonio] Pichardo, Aubin, [Eugène] Boban, Orozco y Berra, [Francisco del] Paso y Troncoso, [Alfredo] Chavero, [Donald] Robertson, [Adela] Ramos y Barlow, Castillo y [Xavier] Noguez, resultaron todas en obras muy distintas pero igualmente pertinentes, desde el informe que elaboró el primero hasta la tesis de grado que presentó el último. Tal fue la curiosa historia de mis dos trabajos sobre la *Matrícula*, la del que fue sacado de la circulación y la del que resultó simplemente inexistente.

### *Investigador y maestro*

Si consideramos que la investigación y la docencia son procesos que se fundan, o deberían hacerlo, en el estudio y la reflexión constantes y en la transmisión de nuestros conocimientos, la distinción que pueda suponerse entre investigador y maestro resulta enteramente inexistente a no ser por la vocación de cada uno o por circunstancias puramente laborales. De tal modo, estoy convencido de que tanto da el que es nombrado *investigador* y que además enseña, como el que tiene una plaza de *profesor* y que también investiga (piénsese tan sólo en ciertos *profesores* nuestros que dejaron obras importantes y en *investigadores* que son o fueron reconocidos también por sus clases).

Creo que las dos actividades se complementan y se condicionan mutuamente, a tal grado que el desarrollo de una incide positivamente en el de la otra, pero también y por desgracia, que la falta de una suele redundar en carencias para la otra. Yo podría asegurar que son pocos los que han tenido alguna vez en su vida a un profesor que, por no profundizar más sobre un tema o ni siquiera actualizar los contenidos de su clase, sólo repite lo que otros han escrito, que año tras año dice lo mismo o, peor aún, que sólo lee sus viejos apuntes. Pero también hemos visto que el investigador que se resiste a la docencia, tal vez porque confunde la transmisión del conocimiento con la sola impresión de su obra o porque ignora que las ideas deben templarse en el discurso y la discusión, perderá una gran oportunidad de enriquecer, ratificar o rectificar sus propias concepciones si no las pone a prueba, no sólo ante sus pares sino ante un alumnado que requiere, además de exposiciones claras, sistemáticas y rigurosas, de argumentos serios que respondan a las dudas o a inquietudes específicas. En fin, así como hay profesores que se repiten, hay investigadores que piensan que con sólo extraer y ordenar ciertos párrafos de documentos o libros antiguos o modernos hacen investigación. En esto estamos.

SALVADOR RUEDA

